

REFORMISMO, COALICION Y ENTRENAMIENTOS

Se cuenta que en cierta ocasión don Antonio Maura dijo de Cambó que no se podía ser al mismo tiempo Bolívar en Barcelona y Bismarck en Madrid. Sin embargo, el propio Maura tuvo el talento y el patriotismo de hacer ministro a Cambó en el Gobierno de «unión nacional» de 1918.

Maura, con todo, no comprendió nunca bien la novedad política que representaba el arraigo alcanzado, ya en su época, por el nacionalismo catalán. Lleno de buena voluntad hacia el Principado y sus gentes, y limitado por un profundo sentido, al fin y al cabo jacobino, del Estado, el ilustre político conservador mallorquín se apuntó a buscar una respuesta a las demandas planteadas desde la afirmación catalana de su particular identidad como pueblo, por la vía de un poco de descentralización estatal y otro poco de mancomunidad interprovincial para Cataluña.

Estas consideraciones no son una mirada retrospectiva a la historia. Son cuestiones de actualidad. Ahora Pujol quiere hacer de Prat de la Riba, y lo ha logrado con tanto éxito que ha convertido al teórico de la nacionalidad catalana (1906) y primer presidente de la Mancomunidad (1913) en un precursor. Coll y Alentorn sería Puig y Cadafalch por «senior», por político cristiano y por intelectual. Barrera, sin la asistencia ya de Tarradellas, no ocupa el espacio de Macià ni de Companys. Miquel Roca Junyent parece que aspira a ser Cambó: al menos, el Cambó de los años 13 a 31. Posee la ventaja de tener ya el Estatuto en la mochila, y los inconvenientes de la sombra pujoliana y, por ahora, de una declaración, demasiado reiterada para ser tenida por inalterable, de incompatibilidad con personalidades políticas y con partidos que quizá los hados le destinan como socios.

Estamos asistiendo a un período de aceleración en el lanzamiento de la «operación reformista». El título es ambiguo y, a mi juicio, poco afortunado. (Reforma, ¿de qué?; ¿del sistema político?; ¿de la Constitución? Porque reforma del Estado es lo que exige, simplemente, el desarrollo de la Constitución de 1978). Yo, como ciudadano español y como liberal y demócrata deseo el mayor acierto para que ese proyecto logre lo que parece pretender. Y lo manifiesto sin rebozo y sin tener que sacrificar la Ifigenia de mis inclinaciones y compromisos



ANTONIO
FONTAN

individuales en el ara de la imparcialidad que me impone el carácter de esta página.

El reformismo, en efecto, será democrata y liberal o no será. No puede tampoco proponerse una reforma de la Constitución ni del sistema, como suelen hacer los partidos que adoptan esa denominación que, por sí misma, es meramente procedimental o metodológica.

Es seguro que llegará un momento en que sea aconsejable reformar algún aspecto o varios, e incluso muchos, de la actual Constitución. Pero ningún político responsable

propugna tal cosa ni para la próxima legislatura ni, hoy por hoy, tampoco para la siguiente.

Antes hay que desarrollar plenamente la Constitución del 78, tanto en su parte dogmática, o de principios, libertades y derechos, como en la orgánica, que enumera y diseña instituciones y poderes. En una sección y en otra existen muchas enunciaciones y no pocas estructuras que o no han pasado todavía del papel a la realidad, o no se posee aún experiencia acerca de ellas para enjuiciar su funcionamiento.

El gran reto que tiene que afrontar el reformismo que promueve el político catalán Roca, con el apoyo de su partido nacionalista territorial, es convertirse en la alternativa democrática al socialismo ahora en el poder. Es la misma aspiración de la Coalición Popular. Una de las bazas mayores de los reformistas para solicitar adhesiones es su insistencia en que los «populares» arrastran consigo, como un obstáculo insuperable, que su *major partner* está demasiado a la derecha. Pero no se debe olvidar que si eso enajena ciertos apoyos a la Coalición, también hay en toda España muchos electores que no admitirán fácilmente una dependencia política de un nacionalismo particularista, aunque lo estimen legítimo y lo aplaudan en su propio espacio histórico y cultural.

Ahora no hay elecciones generales ni regionales a la vista. Tampoco son inminentes unos debates legislativos o políticos que vayan a calar en el electorado. Ahora la política es de «entrenamiento», como jugar con garbanzos, que dicen los castizos. En octubre, cuando se cumplan los dos años de la legislatura socialista y estén más próximos los comicios gallegos y andaluces, se irá acercando, inexorablemente, la hora de la verdad.